

## SEIS A CERO

-Como México no hay dos.

- Afortunadamente. Si hubiera dos iguales, pobre mundo.

- ¿Y tú de qué hablas. Es que ya no te acuerdas de los nazis y sus campos de concentración?

-Eso ya pasó hace tiempo y tan criminales fueron ellos como tus Villas y demás revolucionarios. ¿A poco no?

Ocho años. Ocho años de feliz matrimonio. Juan y Erika se habían logrado adaptar más fácilmente que otras parejas en iguales condiciones a su situación. En su hogar prevalecía una mezcla equilibrada de costumbres germanas y mexicanas. A los hijos se les hablaba en los dos idiomas, comían igual strudel que tostadas, en Pascua pintaban huevos, en Navidad ponían el árbol con velas, el quince de septiembre comían mole y en las posadas ponían dos piñatas para que las rompieran sus hijos y sus amigos.

El primer año sí tuvieron ciertas fricciones queriendo cada uno imponer su modo de ser pero el gran amor que se tenían limó cualquier tipo de asperezas. Si a ella le molestaban las continuas visitas de sus cuñados o suegra, el gran ruido que hacían en las reuniones, la impuntualidad de todos o la dependencia familiar tan marcada de su marido, nunca lo dijo. Igual él dejó de criticar la libertad que exigía su mujer, su rigidez, sus exigencias económicas, su superioridad racial. Ninguna de estas cosas las podrían cambiar y ellos lo sabían, así que era mejor ignorarlas.

Llegó la fecha fatídica. El partido de fut ball entre la selección mexicana y la alemana en un campeonato mundial. Ella no era aficionada a este deporte, pero fue tanta la publicidad que se le hizo al partido que decidió verlo junto con sus hijos y esposo.

-¿No crees que este partido debieron suspenderlo? Si México no pudo contra esos países del tercer mundo, menos va a poder contra Alemania que ha sido campeona del mundo varias veces.

- No te confíes mucho. Recuerda que tus paisanos no traen a sus mejores jugadores. Ya viste lo mal que lo hicieron en la inauguración.

- Mira nomás la facha de los tuyos. Deberían haberlos llevado primero a la peluquería. Todos melenudos además de chaparros.

-Te faltó decir y prietos. Sí, chaparros pero con muchos huevos, que es lo que les falta a esos grandulones. Míralos todos blancos, sin color, como si no tuvieran sangre en las venas.

-Ya te salió lo mexicano. ¿De cuándo acá usas ese lenguaje vulgar?

- Lo uso cada vez que se me hinchan. ¿Hay algo de malo en eso?

-Mira, mejor vamos apagando la tele. No tiene caso disgustarnos por un juego que a la mejor está arreglado. Si gana uno o el otro no va a cambiar el mundo. Mejor vamos a dar un paseo o al cine.

- Lo que pasa es que tienes miedo que pierdan los teutones. ¿No que tan grandotes y tan fuertes? Parecen avestruces corriendo.

¡Gooooo! Gritó el locutor. Gol de Alemania. Uno a cero.

¡Gol! Corearon los niños que indudablemente estaban a favor de ese equipo.

Juan, furioso, les ordeno salir del cuarto donde estaba instalado el aparato de la tele. Les recordó que no habían hecho su tarea y les prohibió regresar hasta que no hubieran terminado con ella. De balde la protesta de ellos y de su madre.

- ¿No quieres que los niños vean como pierde México? A esto le llamo egoísmo.
- A propósito de niños. ¿No habíamos quedado cuando nos casamos que íbamos a ser imparciales en su educación y que íbamos a fomentarles el cariño a las dos patrias? Por su reacción veo que nada de esto has cumplido. Todos estos años me has estado engañando diciendo una cosa y haciendo la contraria.
- No seas bobo, si le van a Alemania es porque están en un colegio alemán o porque se les hace mejor equipo. Yo nada tengo que ver con esto. Sería como si yo me enojara si su preferido fuera México.
- -Da la maldita casualidad que no están a favor de él.
- Eso es cosa de ellos.
- O cosa tuya. Mañana mismo me los sacas de esa escuela y los pones en una donde les enseñen quién fue Juárez y no el Káiser, como ahora.
- Ahí sí que estás equivocado. No por un partido de fut ball van a perder el año. Además no conozco ninguna escuela que sea mejor que a la que van. No quiero que se vuelvan vagos y groseros como son los hijos de tu hermana.

Mientras sacaban a relucir las cualidades y defectos de las dos familias el comentarista gritó cuatro goles a cero. Los otros dos goles en contra del equipo nacional no los habían escuchado por la discusión. Juan quedó mudo al oír esta

cifra, por lo que el sonido de la risa de su mujer fue más audible, y eso que ella trató de no hacerla tan notoria.

- Ahora te ríes de nosotros. Sólo eso me faltaba. Si te causamos tanta risa por qué viniste a buscar marido a este lugar. No te molestes en contestar, te lo voy yo a decir. Viniste porque en tu tierra no dejabas de ser una pinche güera sin ninguna atractivo. Alta y flaca, como miles de ellas.
- -Si tengo tan poco atractivo como dices ¿entonces por qué desde el primer día en que me conociste anduviste arrastrándote para que te hiciera caso? Te contestaré yo también: por tu complejo de chaparro y prieto. Querías unos hijos bancos y altos como yo, pero ya ves, nos salieron igual de indios que tú. Igual a esos que están jugando, buenos para nada.

Nuevamente el comentarista gritó gol. La risa de ella fue más fuerte.

- Pobres, están haciendo el ridículo.
- Pobres, sí, pero por ser explotados por países como el tuyo que sólo vienen a poner sus fábricas y laboratorios. Los alemanes bien que han explotado a turcos, españoles y alemanes para lograr el llamado milagro alemán y ahora que ya no los necesitan tranquilamente los despiden de su trabajo, los obligan a regresar a sus países y hasta los golpean o matan. Esclavistas, eso son ustedes.

Con la mayor desesperación escuchó: ¡Seis a cero! ¡Termina el partido!

- Ahí tienes a tus compatriotas, al fin tienen un record que va a ser difícil vencer. Puedes estar orgulloso.
- Pendeja. Si tanto te disgusta México ya puedes ir juntando tus cositas y regresarte a la bella Alemania a disfrutar de su largo invierno, de su súper orden y sus hombres blancos y grandes. Sólo que me dejas a los niños. Esos son prietitos y allá los van a discriminar.

Erika no contestó. Llorando se fue a su cuarto. Media hora más tarde anunció que la comida estaba lista. Todos se sentaron a la mesa. Nadie habló.

-¿Quieres ir al parque con los niños?

-Como tú quieras.

- ¿Ya no estás enojada?

- No, sólo triste.

- Perdona lo que dije. Me exalté con el juego.

- Perdóname tú a mí. No debí burlarme.

- Vamos a olvidar todo esto.

- Júrame no volver a ver nunca un partido de fut ball.
- Te juro no volver a ver un partido si juegan Alemania y México juntos.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007